

A la mañana siguiente y á las seis de la misma, ya se hallaba en pié Doña Bibiana.

Su primera diligencia fué tirar del cordon de la campanilla: pero nadie acudió á su llamamiento.

Volvió á llamar más fuerte, y se presentó doña Ursula toda azorada.

—Señora, dijo, acabo de llegar de misa, que fui á la iglesia de Villamayor, y subiendo por la escalera la oí llamar á Vd. por la primera vez: dispense Vd.

—No es á Vd. á quien llamo, dijo Doña Bibiana incomodada: es á Joaquina.

—Creo que no se ha levantado todavía, murmuró Doña Ursula.

—¿Cómo? preguntó Doña Bibiana no pudiendo dar crédito á lo que oía.

—Que no se ha levantado aún...

—¡Señora, Vd. está sin juicio como de cos-

tumbre! Si son las seis y media, y tengo mandado que á las cinco estén á la labor ella y mi sobrina!

—La señorita Isabel está cosiendo.

—¡Vaya Vd. á ver donde está la otra, y que venga enseguida!

Doña Ursula salió, y fué á la cocina á preguntar por Joaquina.

—No le hemos visto el pelo, respondió Martina: estará durmiendo la trasnochada y las copitas.

—¡Santo cielo! ¡cómo se va á poner la señora! exclamó el ama de llaves: voy á llamarla.

—La tonta es Vd., en meterse á redentora, repuso el jardinero, que andaba regando el patio: el que la hace que la pague.

—¡Pero hombre, si la va á despedir!

—Que la despida: ¿le hemos de estar haciendo la capa los demás?

—Es que, despidiéndola á ella, la carga viene sobre mí: porque vaya Vd. á buscar camarera que se quiera venir á esta soledad.

—No diga Vd. eso: la carga mayor irá sobre la pobre señorita Isabel, que pasa aquí el purgatorio.

—No digo que no: pero algo me tocará á mí.

—Y vamos á ver, Doña Ursula, preguntó la cocinera saliendo al patio y tomando parte en la conversacion: ¿cómo es que la señora está rica y la señorita Isabel está recogida aquí por caridad?

—¡Toma! respondió Doña Ursula: por una razon muy sencilla: miren Vds.: el marido de la señora, D. Francisco Megía, y el padre de la Isabelita, D. Carlos, eran hermanos: ¿lo entienden Vds?

—Poco tiene que entender, porque ya lo sabíamos.

—¡Buena cosa nos dice Vd.!

—Paciencia, y sigan oyendo con atencion: los dos eran militares: pero D. Francisco, á los cuarenta años, se retiró de la guerra con una mano de ménos y se casó con la señora, mucho más jóven que él, y además hija sola de un contratista del ejército, que habia hecho más doblones que pesaban el padre y la hija: la señora era además una real moza: alta, gruesa, fresca: algo ordinaria, sí, para su marido, que era fino y elegante como el que más: ¿pero qué no allana el dinero? Novia buena moza, con doblones y como una Venus, no era regular que la esperase un Capitan retirado y manco.

—Ciertamente.

—Se casaron, pues; D. Carlos siguió en el ejército: era más joven que su hermano, y murió con el grado de Capitan, dejando á Isabel de solo ocho años de edad y sin más amparo que seis reales de orfandad y una madre muy fina y bonita, pero que iba para tísica á pasos de gigante, y que adelantó mucho terreno para el cementerio con el disgusto de la muerte de su esposo. A los nueve años, vino la niña al lado de su tía: y en tanto vivió D. Francisco, éste, aunque acobardado con el genio de su mujer, consiguió que se mirase á la niña como cosa propia, á pesar de que servía como de criada á Aurorita, que tenía un año más que ella, y era como un sol: pero desde que murió Don Francisco, la pobre huérfana pasa la pena negra.

—¡Trabajando noche y dia, y nunca se les figura que hace bastante!

—Yo deseo que se case.

—Y yo: aquí no será fácil: pero si vamos á Barcelona al invierno, como dice la señora, allí hallará pronto un marido.

—Yo creo que la quiere el señorito.

—Pues no era mala boda para ella.

—¿Qué habia de ser mala? le debía admitir á piés juntillos.

—¡Pero si es mas calavera! él juega, él bebe, él está lleno de belenes!... ¡si su padre viviera!

—Pues su madre, con ese génio de hierro que tiene, ya le podía sujetar.

—Esos génios de hierro no sirven para los muchachos calaveras.

—¿Qué dice Vd., señora?

—Que no sirven para los chicos calaveras: ¿y sabe Vd. por qué? porque éstos, ó se rien de las furias continuas que ocasionan, ó gritan más ellos: y es sabido que á un carácter alborotado, le domina otro que alborote más: lo que necesitan los chicos como el de casa, es una firmeza con apariencia de suavidad y siempre igual: y además hacer la vista larga á ciertas cosas de poca importancia que á veces, por tirar demasiado de las riendas, saltan...

—¿Qué demonios de carnicerías tienen Vds. que arrendar? gritó Doña Bibiana, desde lo alto de la escalera: ¡pues me gusta!

—¡Jesús, qué ordinaria es la señora! dijo detras del grupo la voz de Joaquina, que bajaba coquetamente vestida de mañana.

—¡Mujer, pues si por tí está así! exclamó Doña Ursula.

—¿Por mí?

—Es claro: ¡te ha llamado dos veces y sabes que debías estar cosiendo desde las cinco!

—¡Bah, bah! muchos deben y no pagan.

—Pues ya verás que contenta la tienes.

—¿Y cuándo lo está? con estos génius, tanto pones tanto pierdes.

—¿Subirás, desvergonzada? gritó Doña Bibiana dirigiéndose á su camarera.

—Voy en este instante, señora, replicó Joaquina empezando á subir la escalera con lentitud, y empleando el lenguaje altisonante y redicho, como vulgarmente se llama el que se emplea con una ridícula afectacion.

—¡Si no tienes sentido! gritó Doña Bibiana: ¿nada te importa el incomodarme! ¿ahora te levantas?

—En este momento, señora.

—¿Y no te da vergüenza de confesarlo?

—La vergüenza debía padecerla el sueño, que me dominó de un modo tan imperioso.

—¡No me vengas con tus letanias, gazmoña! gritó furiosa la viuda.

—¿Y qué quiere la señora que le diga?

—¡Nada, quiero que te calles! y ten entendido que si vuelves á hacer lo que hoy, te despedido.

Doña Bibiana y Joaquina entraron en la habitacion de la primera, que se sentó delante de un espejo y entregó su cabeza á las manos de la doncella.

—¿Dónde está mi hija? preguntó la viuda.

—Lo ignoro, señora.

—¿No te he dicho que no quiero oir palabrotas retumbantes?

—¿Pues cómo he de responder?

—No lo sé: y se acabó.

—Sin embargo, señora, yo he servido dos años á la señora Marquesa de C... y siempre le oia responder, hasta cuando se dirigia al señor Marqués: lo ignoro.

—Pues yo no quiero hablar como las marquesas, estamos? yo estoy muy bien y muy contenta con ser Bibiana Lopez, y con tener buenas pesetas: esas señoras no tienen mas que bambolla y trampa.

Joaquina se mordió los labios para no soltar la risa: su ama la vió por el espejo, y le dijo:

—¿Y á qué viene ponerte gorrita al levantarte como si fueras una señorita de forma?

—¿Pues qué, no tengo yo formas? preguntó Joaquina remilgándose y mirándose al espejo.

—¡Sí, como un palo!

—¡Pues señora, las formas abultadas son muy ordinarias! exclamó picada la camarera.

—Eso lo decís las que pareceis lagartijas.

—¡Qué, señora, si la señora Marquesa por que le parecía que empezaba á engordar, se bebía todos los días un vaso de agua tibia detrás de la comida!

—¿Y enflaquecía?

—Sí señora: ¡vaya!

—¡Qué majadería! ¡No hay mejor espejo que la carne sobre el hueso!

—Pues mire Vd., yo estoy consternada de no tener la misma opinión que Vd., pero...

—¡Déjate de palabrotas, te digo, y revienta con el pero ó la manzana!

—¡Pues bien, señora: á mí me parece un elogio aplastante para una mujer el llamarle buena moza!

—¿De veras, bachillera? exclamó la señora, herida en lo más vivo de sus pretensiones de belleza.

—¡Uf ya lo creo! *buena moza!* eso es sinónimo de ordinaria, de tosca, de grande.

—¿Cómo has dicho? ¿*simónimo?*

—¡Sinónimo señora, sinónimo!

—¿Y qué significa eso?

—Significa que el decir buena moza, es decir, mujer gigante, ordinaria, colorada, tosca!

—Mira, chica, me vas *reventando* con tus pupilas y tus bachillerías, dijo la viuda, que no era tonta: ¡Canastos! ¡aunque solo vieras que soy alta y gorda!...

—Señora, no puedo ser hipócrita.

—¿Cómo?

—Que no sé hablar al revés de lo que siento.

—Pues mira, al buen callar llaman Sancho.

—¡Qué ordinaria cosa es decir refranes, señora!

—¡Dále con la ordinariez! cuida de lo que haces, y pónme el pelo más alto; ya sabes que me *carga* llevarlo bajo, porque se manchan los vestidos, los mantones y todo.

—¡Pues el pelo alto hace unas cabezas de huevera, que ya está bonito!

—¿Qué tiene que ver una huevera con una cabeza?

—Quiero decir, que el pelo alto hace parecer á las que lo usan vendedoras de huevos, no hueveras de loza.

—¡Acaba y vete con mil de á caballo! gritó la viuda poniéndose carmesí de cólera: y á coser, que hoy se han de acabar esas sábanas que haceis mi sobrina y tú.

Joaquina, no atreviéndose ya á proseguir con sus desvergüenzas, salió de la habitacion, riéndose solapadamente.

Cuando ya se hallaba cerca de la puerta, volvió á llamarla su ama.

—Cuando bajas, le dijo, encarga á mi hijo que suba al momento.

—Está muy bien, respondió la camarera.

Y muy contenta, porque podía sin temor de ser regañada por su ama, gastar un rato de conversacion con German, se dirigió presurosa á su cuarto.

Pero en la puerta y como un centinela formidable, se halló al ayuda de cámara, Gregorio, que le cerró el paso.

—Quítese Vd. de ahí grosero, dijo Joaquina muy enfadada.

—Váyase Vd., señora relamida, porque no pienso dejarla entrar en la habitacion del señorito, respondió Gregorio.

—¿Y por qué? ¿se puede saber?

—Porque si hago la vista larga á ciertos es-

cándalos, no quiero ni puedo autorizar otros.

—¿Qué dice Vd?

—La verdad, y Dios me entiende, yo me entiendo y Vd. tambien.

—Déjeme Vd. entrar para dar al señorito un recado de la señora.

—Démelo Vd. á mí.

—No me da la gana.

—¡Mire Vd. la que se la echa de fina!

—¡Si Vd. es capaz de sacar de sus casillas á un santo!

—¡Miren la santa! canonizada á pedradas.

—¡Deslenguado!

—¡Poca vergüenza! ¿no se le pone á Vd. la cara como un tomate delante de mí?

—¿Por qué?

—Porque sé muy bien lo que pasa con el señorito.

—¿Qué pasa?

—Que le está Vd. explotando de una manera escandalosa.

—¿Es envidia ó caridad?

—Cómo se entiende...

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? preguntó una voz dulce y femenil asomándose á una puerta cercana á donde se hallaban los dos contendientes.

—¿Qué ha de ser, señorita Isabel? respondió el criado; que esta graja se empeña en entrar al cuarto del señorito.

—Porque me lo ha mandado la señora, observó Joaquina.

—¡Mentira! la señora no ha podido mandar eso, dijo Gregorio: y si lo ha mandado, es porque no sabe de la misa la mitad.

—Gregorio, dijo Isabel: no está bien que sea Vd. insolente con una mujer: el hombre se rebaja abusando de su fuerza. Joaquina debe dar á Vd. el recado de mi tía, y Vd. debe respetarla, y oirla con buen modo cuando le hable.

—Yo no le daré á él el recado, dijo Joaquina con fiereza.

—Pues aquí no entrará Vd., añadió Gregorio.

—Dígame Vd. á mí lo que quiere, Joaquina, opinó Isabel.

—¿Para decírselo Vd. al señorito? preguntó la camarera mirando con rencor á la jóven, de la que estaba no poco celosa: no, señora: ó se lo digo yo, ó no se lo dice nadie.

Isabel, ante aquella insolente negativa, no respondió una palabra, y se entró de nuevo en la sala de labor.

—No haga Vd. que salga la señora y le cuente yo ciertas cosas... murmuró Gregorio, dirigiéndose á la camarera.

—Ya está aquí la señora, dijo la voz de bajo de Doña Bibiana: ¿qué sucede?

—Vamos á ver, señora, ¿es justo que yo la deje entrar en el cuarto del señorito? ¿Es decente, hallándose él acostado, y durmiendo? preguntó Gregorio.

—¿Qué ha de ser decente? ¡que se pruebe á ello! gritó la viuda: ¡pues me gusta la desfachatez!

—¡Ahí tiene Vd! exclamó Gregorio envalentonado: ¿pues querrá Vd. creer, señora, que le dijo la señorita Isabel que le diera á ella el recado, y respondió que no quería? Pero no tiene ella la culpa, sino el señorito, que es demasiado bueno: ¡si no le diera franquezas!

—¿Qué franquezas son esas? preguntó Doña Bibiana.

—¡Franquezas! repuso éste: anoche estuvo tomando café con él.

—¿Tomando café con mi hijo?

—En la azotea, despues que Vd. se fué á la cama.

—¡Si no hablase Vd., reventaba! dijo Joaqui-

na: pero no importa: yo desde este momento me doy por despedida: no quiero nada con gente chismosa.

—¡Qué vergüenza! exclamó Doña Bibiana: ¡qué escándalo! ¡y que esto pase en mi casa sin saberlo yo! ¡German, German!

—¿Quién me llama? respondió la voz del joven desde la cama.

—¡Levántate al momento, al momento! y tú, pícara...

—Abur, dijo Joaquina con su natural frescura é insolencia: dentro de poco me voy para alcanzar el tren de Barcelona.

La criada dió media vuelta, y se metió en su cuarto.

—German, dijo Doña Bibiana, levántate en seguida y sube á mi cuarto que te quiero hablar.

—Allá voy, respondió el joven volviéndose del otro lado: espéreme Vd. sentada: ahora voy yo á esperar la borrasca con la cabeza baja.

—Tú, Gregorio, prosiguió la viuda, dirás al ma de llaves que ajuste la cuenta á esa buena alhaja.

Y se subió, con la majestad de una Juno, para esperar á su hijo y preparar la rociada de injurias con que pensaba regalarle.

III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Daban las siete en el reloj colocado en el comedor de la casa de campo de Doña Bibiana, cuando Isabel entró en la habitacion de Aurora y abrió las maderas del balcon, para que su prima despertarse.

La joven dormía con el sueño apacible de su edad: su lujoso lecho de acero y bronce estaba adornado con bellas colgaduras y ropas de gran precio.

Aurora era muy linda; pero la costumbre continua de irritarse, habia señalado en su frente algunas arrugas prematuras y esparcido en sus facciones una expresion dura y violenta.

Su cuarto estaba ricamente amueblado, pero con el gusto recargado que regularmente ostentan todas las gentes que, nacidas en pobre y humilde cuna, llegan á poseer grandes riquezas.

No era propio, por ejemplo, de un lecho de

33871